

le decía que si pagaba al céntimo, intereses incluidos, los 21 millones de dólares a Occidente, le haría creer que nadie se preocuparía por la suerte de su pueblo y quedaría libre para los planes faraónicos, para un desarrollo industrial de magnitudes cuya utilidad se aplazaba siempre *sine die*. Mientras tanto, con fines exclusivos de seguridad y control de la población y con deseo loco y dogmático de matar toda iniciativa particular en la pequeña producción familiar de los campos, había empezado hace tiempo a destruir pueblos y localidades de bello contenido artístico y cultural. Antes de destruir, como se ha dicho, pueblos de la minoría húngara, lo había hecho para su utópico centro cívico, con palacios históricos, iglesias, monasterios, hospitales y monumentos artísticos de valor inapreciable en Bucarest y en todas las pequeñas localidades que circundan la capital. Un poeta rumano me contaba llorando en Madrid, cómo, hace dos veranos, en Snagov, bella localidad cerca de Bucarest, él había visto máquinas arrancando una vasta zona de frutales repletos de fruta y pulverizando edificios de siglos. La imagen de Nerón incendiando Roma, para construir una nueva, vuelve. Mientras tanto, en política exterior, a veces para admiración y estupor de propios y extraños, sus actos eran de independencia en la política exterior a escala mundial. Viajes a los cinco continentes, sin descanso, con todos los honores. Jamás un Jefe de Estado de Rumania había hecho tanto. En 1967 es el primer jefe comunista que reconoce a la Alemania Federal. Reconoce a Pinochet antes que nadie. Y a Israel. Se alinea con China y Corea del Norte sin aquiescencia de Moscú. Es amigo íntimo de Gadaffi, Asad, Jasser Arafat. Tiene una guardia pretoriana libia y siria³, la que cortaría las piernas y quemaría las caras de los niños muertos en Timisoara y ejecutaría a oficiales y soldados que no dispararan contra la población inermes. Castro y Nicaragua son sus amigos en América, mientras en Estados Unidos le reciben con honores y le brindan la cláusula de la nación más favorecida que no le es quitada como se ha dicho, sino que renuncia él a ella, despectivamente.

Capítulo aparte, y no menos dramático, es el del destino de la economía y del nivel de vida de la población rumana antes de Ceausescu y durante la última etapa de su gobierno. Desde los famosos años de hambre 1946/47 de Rumania que llenaron de horror al mundo entero, mientras el ocupante ruso reducía a la miseria, esquilándolo hasta la última expresión, un país riquísimo que durante la guerra no había tenido ni un día de racionamiento alimenticio, hasta mediados de la década de los sesenta, la economía rumana se mantuvo en un estado de plena desolación. La colectivización del campo fue desde el principio y sigue siendo un desastre. Tanto Dej como Ceausescu estuvieron tras el mito de la industrialización a toda costa. Cuadros técnicos se fueron así formando, salieron ingenieros y profesionales preparados después de años de improvisación y destrucción de los cuadros existentes. A primeros de los setenta se instalaron fábricas sofisticadas como la de los motores Rolls que funcionaron a satisfacción, pero los anhelos de crear una macroindustria siderúrgica, eléctrica, química, de aluminio (una gran fábrica de aluminio vendido a bajo coste, cerca de Bucarest, ha dejado hace años la capital en plena oscuridad), alimenticia creó un caos en la producción. La acumulación de fortunas en el extranjero por la familia Ceausescu y sus clanes, la exportación masiva de bienes de consumo, produjo una crisis total que afectó gravemente la conciencia del trabajador y de sus cuadros. La frase en uso era: «Ellos hacen como que nos pagan. Nosotros hacemos como que

² Reclutada entre los miles de estudiantes becarios del Gobierno rumano, establecidos en Timisoara y Craiova. Esta última ciudad fue bombardeada por ella después de la muerte de Ceausescu.

trabajamos». La economía de servicios llegó a ser un escándalo. El turismo que tuvo su auge a finales de los sesenta y principios de los setenta, se había reducido últimamente casi a nada, pese a la enorme devaluación real de la moneda rumana, el «leu».

En ningún país comunista el dogma de rechazo del mercado libre y la iniciativa privada en cualquier forma fue tan implacable, defendido con furia por el propio Ceausescu. Hace quince años autorizó un principio de comercio privado, suprimido de repente para que «nadie se enriqueciera». Las localidades cerca de la capital y de otros lugares fueron sometidas implacablemente a la «sistematización urbanística», porque sus habitantes cultivaban con éxito sus pequeñas parcelas en torno a las casas, que incluso en Rusia fueron respetadas y estimuladas ya en tiempos de Kruschev. La paranoia de Ceausescu en este campo lo convertía en loco furioso cada vez que se le insinuaba algo en sentido favorable al menor signo de mercado libre. A todo ello se superponía continuamente la mitología del plan: planificar, electrificar, industrializar, pero nunca llegar a tener ni luz, ni calefacción, ni bienes de consumo, o máquinas o electrodomésticos, que han ido faltando cada vez más. La clase obrera y los funcionarios fueron las grandes víctimas. Los privilegiados, los órganos y oficiales de Securitate. En segundo plano el Ejército, aunque mucho más pobremente dotado. Ceausescu en los momentos de exaltación soñaba con el pueblo entero en armas contra el invasor ruso o húngaro.

Los primeros levantamientos fueron los de los mineros del Valle del Jiu, Hunedoara y Banat. Más tarde Timisoara, Moldavia y Brasov. En el Valle del Jiu, hace años se presentó él mismo entre los mineros sublevados que le recibieron con silbidos e insultos. Fueron duramente castigados. Hace más de un año en Brasov, los obreros de las fábricas se manifestaron en masa y la represión contra los dirigentes fue sangrienta. Todo estaba motivado por el hambre y las condiciones de esclavos en el trabajo. El racionamiento de los alimentos, las colas permanentes reinan hace años. Al preguntar un día por la suerte de un antiguo embajador en Madrid, concretamente el que le representaba aquí durante su visita a la capital de España, de tan escandaloso recuerdo registrado por los medios de comunicación, me dijeron: «Cada mañana, a las cuatro, en la cola por las patatas que casi nunca se encuentran». Sus primeros tres embajadores en Madrid han tenido una suerte parecida. Y alguno de ellos había sido su hombre de confianza.

La locura de Ceausescu, lo que de veras ha contribuido a la identificación en su persona de la situación cada vez más desesperada de un país rico en recursos y productos y condenado a la degradación, la miseria, el frío y la oscuridad, ha culminado en los últimos años en las obras faraónicas de transformación de Bucarest. Quiso ser un nuevo Haussman. Derribó edificios y monumentos religiosos únicos por su valor. Echó de sus viviendas a miles y miles de ciudadanos. Todo para levantar la ciudadela del comunismo rumano, reducto arquitectónico último del marxismo-leninismo. Inauguró con gran alarde el Canal Danubio-Mar Negro en cuya construcción murió sacrificada la flor y nata de los intelectuales y dirigentes del pueblo rumano, proclamándolo como obra «histórica sin par», que en los cinco años transcurridos desde su inauguración delirante no ha servido para nada. Ha pagado una ingente deuda exterior, que junto con la exportación de todos los alimentos a la URSS, ha provocado cuatro años de hambre atroz en Rumania. Ha llevado a cabo la «sistematización» urbanizadora de enteras zonas históricas ruma-

nas de valor incalculable. En su lugar ha levantado edificios miserables, hormigueros sin servicios de ningún tipo donde nadie puede vivir humanamente. Mientras tanto, él, su familia y sus colaboradores vivían en un lujo asiático. Su ejecución precipitada deja un grande y grave interrogante sobre sus causas. Dentro y fuera del país la gente se pregunta si con ello no se ha perseguido solamente el callar la voz de los principales culpables, que acusarían, a miles de estrechos colaboradores que acaso quieran perpetuarse después de su muerte.

Ceausescu ha sido la mala conciencia del mundo civilizado y tormento capital de la nación rumana. Ha hecho falta la «perestroika» y sus inciertos avatares, las transiciones pacíficas de los países del Este, la apertura del muro de Berlín y la perspectiva de unidad alemana destinada a cambiar radicalmente la estrategia europea y a crear nuevas combinaciones donde no falte acaso la sombra de Rapallo, para que el mundo se alertara ante la presencia, entre los suyos, de *aquel hombre*. Alguna vez se sabrá cuál ha sido el papel de Gorbachov en la caída de Ceausescu. En su última visita a Bucarest fue vitoreado por el pueblo, pero el jefe rumano no quiso cambiar ni una línea de su programa marxista leninista despótico. Las noticias sobre la «perestroika» y los cambios en el Este no pasaban la frontera rumana más que a través de las emisiones de *La Voz de América* y de *Free Europe* de Munich, que, sin que nadie comprendiera porqué, nunca fueron interferidas por Ceausescu y los suyos. Sin la protección de Gorbachov, su amigo Ion Iliescu, comunista crítico, hace tiempo hubiera sido sacrificado como tantos otros opositores del dictador muertos en varios «accidentes». Igual ha pasado con el actual jefe del Ejército Nicolae Militaru (condenado a muerte y perdonado a petición de Gorbachov), cuya acción fue decisiva a favor de la revolución popular, una revolución de los estudiantes, verdaderos héroes de la gesta rumana en gran parte sacrificados en un holocausto sin par. Ni la entrega de la casi totalidad de los productos alimenticios rumanos a los rusos, ni los servicios constantes que el eficaz espionaje rumano en todo el Occidente y en África ha brindado siempre a Moscú, han sido suficientes para que en la hora de la verdad Gorbachov, doctrinario ahora de la «casa común» europea, no haya de algún modo intervenido. La precipitada fuga de Ceausescu ante la primera manifestación de masas delante de su palacio en plena desencajada arenga, tendrá algún día su explicación. Es difícil aceptar que haya sido tan fácil, tan inmediata, tan inesperada. Ni siquiera Nerón fue tomado tan por sorpresa por sus ejecutores.

La señal anticipadora y auguradora de la libertad rumana llegó el verano pasado de Chisinau, capital de la Besarabia rumana. Lo que ha ocurrido en aquella tierra rumana irredenta durante el último año ha sido impresionanté. Durante cuarenta años, el ocupante ruso ha intentado como en pocas partes anular una conciencia nacional en aquella atormentada región. De repente tres millones de rumanos y una clase dirigente que había atravesado la experiencia comunista incontaminada, como por una «catarsis» purificadora, reivindican allí su conciencia rumana en libertad. Desde hace un año los rumanos de Moldavia pasaban el río Prut, para pedir ayuda y alimentos a sus hermanos que en la Unión Soviética emprendían el camino de la libertad, recuperaban el alfabeto latino para su idioma y proclamaban su deseo de unión con una patria rumana. Pero una patria rumana libre y sin Ceausescu, como nos escribía desde Moscú poco días antes de la revo-

lución de Timisoara y Bucarest, el diputado Besarabio del Soviet Supremo, Mihai Cimpoi. Antes que Timisoara, Bucarest, Sibiu y Arad, los rumanos habían manifestado su voluntad de ser libres en agosto del 89 en Chisinau. Y lo habían hecho masivamente, casi un millón de ellos, en una ciudad donde hace ahora diez años se oía hablar solamente ruso. Obligados a hablar ruso en Besarabia, obligados a ensalzar a voces a Ceausescu, en todo el territorio entre el Prut y el Tisa.

Una reflexión especial merece la situación de la Iglesia rumana bajo el comunismo, antes y en tiempos de Ceausescu. Porque así, *in globo*, es menester configurar las cosas. Hace días en la TV rumana —la única TV que ha hecho una revolución— el poeta Marin Sorescu, Premio Internacional de Poesía Mística de la Fundación Rielo de Madrid, dijo: «Hoy ha terminado en Rumania la segunda guerra mundial». Más de una vez han sido los poetas los que han proclamado las grandes verdades políticas. En este contexto hay que configurar la vida de las instituciones rumanas, la primera entre ellas la Iglesia. En 1948 Gheorghiu Dej nombra patriarca de la Iglesia ortodoxa rumana a un modesto cura de pueblo, Justinian Marina, que se hace rápidamente monje para acceder al supremo cargo. Marina había ayudado a Dej durante la guerra cuando Antonescu le había encerrado en un campo de prisioneros políticos en la ciudad de Targu Jiu. En 1948, por orden de Stalin y siguiendo lo hecho en Ucrania, la Iglesia uniata de Transilvania compuesta por dos millones de fieles es suprimida e integrada obligatoriamente en la Iglesia Ortodoxa. Cinco obispos mueren en la cárcel y centenares de sacerdotes sufren penas graves. No hay apóstatas en aquel Viernes Santo de una heroica comunidad. El obispo superviviente Julio Hossu, muere veinte años después en el monasterio de Caldarusani cerca de Bucarest, nombrado cardenal *in pectore* por el Papa Pablo VI. Había sido un gran patriota, portavoz del Consejo Dirigente en Alba Iulia en 1918, en el acto de Unión de Transilvania con Rumania.

La Iglesia Ortodoxa comprende el 80% de los fieles rumanos. Tiene una fuerte tradición y arraigo en el pueblo y una aportación teológica notable en los últimos decenios. Durante la opresión comunista la fe es cada vez más viva y punzante. Las nuevas generaciones buscan en la fe su amparo. Centenares de jóvenes mujeres de la mejor sociedad rumana perseguida entran en los monasterios rumanos que tienen un auge sin precedentes. Centenares de sacerdotes sufren martirio y persecución, pero la jerarquía se somete al Estado y alaba en cada ocasión a sus jefes. Las alabanzas a Ceausescu alcanzan los peores tonos y harán que el actual patriarca pida perdón en la última misa de Navidad en la catedral de Bucarest repleta de fieles, por el comportamiento suyo y de los obispos ante el dictador. Es el precio de una tolerancia privilegiada. Ceausescu, ateo militante, entierra a su padre en olor de multitudes y ofician tres obispos y treinta sacerdotes, y asisten la familia Ceausescu y el gobierno en pleno. Las revistas teológicas, las publicaciones, los institutos y facultades teológicas y los estudios bíblicos y de historia religiosa, la vida monástica están en auge. Los monasterios de Moldavia son lugares de peregrinación intensos y focos de vida religiosa auténtica y de patriotismo. Ceausescu morirá un día de Navidad. Cuando las campanas sonarán en todas las iglesias del país y su muerte será proclamada como la «muerte del Anticristo».

Ha caído estruendosamente la dictadura rumana. Todo el mundo se ha conmovido ante una acción heroica sin precedentes donde la juventud universitaria declaradamente anticomunista, ha sido la protagonista indiscutible y la más sacrificada en la represión. Los intelectuales y el Ejército la han seguido. La libertad y en parte el pan han sido conquistados por el momento a un alto, terrible precio. A todo lo que queda atrás se le puede aplicar perfectamente una anécdota atribuida a la escritora rusa Ana Ajmatova. Un profesor americano pide a la vieja y luchadora poeta, al final de su vida, que defina lo que es el alma rusa. Ante su insistencia, Ajmatova le replica: «El alma rusa no existe». «¿Y Dostoievsky?», recalca a su vez el americano. «Dostoievsky sabía muchas cosas», concluye despectivamente Ajmatova, «pero ignoraba también muchas. Creía que todos los criminales son Raskolnikov. Pero yo conozco a miles de criminales que ejecutan por la mañana cien o doscientas personas y por la tarde van tranquilamente al teatro».

¿Qué ha pasado en el alma y la conciencia rumanas en estos terribles cincuenta años de guerra mundial y de opresión? Lo que sí es cierto es un hecho. Este alma y esta conciencia, que han resistido con todos sus resortes a la presión y opresión comunista, no quieren nunca más oír hablar del comunismo. Pero la herencia es grave y complicada. La opinión pública es ahora abiertamente ésta, pero los mecanismos de un Estado que quiere funcionar de acuerdo con la estructura moderna del nuevo Leviathán, siguen siendo los que eran. En el trasvase, todos intentarán renegar del pasado y miles o millones de índices acusadores cortarían el aire de una patria por mucho tiempo ensangrentada. En el equipo de la transición dominan hombres que «colaboraron» en uno u otro momento, y que en uno u otro momento fueron ellos mismos víctimas de los caprichos del dictador. Muchos intelectuales y la masa estudiantil nada quieren saber del comunismo y de los comunistas. Estamos como en Praga, en Berlín y en Sofía. Pero en Praga, Berlín y Sofía no hubo sangre en la transición. En Bucarest y las ciudades rumanas mártires hubo mucha sangre y los muertos mismos fueron degradados por los esbirros de Ceausescu. Su misma muerte acaso no debió ocurrir en la forma en que ocurrió. Los interrogantes se acumulan. La misma situación de los países de la Europa hasta ahora «ausente» es absolutamente incierta, aunque absolutamente esperanzadora. Todo es para concluir como Indro Montanelli hace pocas semanas: «No me preguntéis lo que ocurrirá mañana o pasado mañana». El ritmo trepidante e inesperado de las cosas hace toda profecía y todo pronóstico prácticamente imposibles. Pero permanecerá la imagen patética de los estudiantes de Bucarest gritando en plena batalla: «¡Fara Comunism! Without communism! ¡Sin comunismo!» Será, pase lo que pasare, así.

Jorge Uscatescu